

Expandiéndose hasta el Infinito

Swami Kriyananda

¿Cuál es nuestra tarea como seguidores de este sendero y discípulos de un gran Maestro? Tenemos que ofrecernos completamente a Dios y hacernos receptivos a Él. El sendero espiritual es un sendero de autoofrenda y receptividad. Las dos cosas son importantes.

Dios quiere nuestro amor

Muchas personas piensan, “¿Qué puedo dar yo a Dios? Él es infinito, posee toda la sabiduría y el poder. Lo tiene todo”. Pero existe algo que Dios no tiene, nuestro amor. Quiere que Le amemos como Él nos ama.

Dios anhela que le amemos porque sabe que sólo amándole encontraremos satisfacción. Cuando devolvemos a Dios Su amor, nuestra capacidad para recibir Su amor se expande. En último término, cuanto hacemos en el sendero espiritual tiene como objeto llevarnos al punto en que podamos ofrecer cada vez más amor.

Su gracia se derrama sobre ti

Yogananda contaba una historia preciosa sobre un hombre que estaba muriéndose de diabetes. Los médicos le habían dado sólo tres meses de vida y él pensó, “Tengo que pasar estos tres meses buscando a Dios”. Así que se sentó a meditar.

Al principio sólo podía estar sentado cinco minutos, pero oraba siempre, “Señor, entra en este templo destruido”. Pasaron los tres meses y seguía vivo. Poco a poco fue capaz de alargar los periodos de meditación a una hora, tres horas y seis horas. Por último estaba meditando casi todo el tiempo.

Pasó un año y seguía vivo. Después de tres años, tuvo de pronto una visión



“La Visión Divina”, cuadro de Dana Lyne Andersen para la cubierta de “La Esencia del Bhagavad Guita”

de la luz divina y fue bañado por esa luz. Cuando la visión desapareció, vio que su cuerpo estaba curado.

Dijo, “Señor, no te pedí que curaras este cuerpo. Te pedí que entraras en este templo”. El Señor le dijo, “Donde está mi luz, no puede morar la oscuridad”.

Cuando amas a Dios y te ofreces a Él, Su gracia se derrama sobre ti. En el *Bhagavad Gita* se dice, “Hasta el peor de los pecadores llega rápidamente a Mí si medita firmemente en Mí”. Entregándonos completamente a ese flujo divino, nuestra conciencia se expande hasta el Infinito y nos convertimos en uno con Él.

Abrirnos a ese poder

Recuerdo la época en que Yogananda quería que yo desarrollara más devoción. Yo era demasiado intelectual. No me gustaba ser así, pero se había convertido en un hábito. Así que canté mucho, oré y medité para cambiar mi conciencia.

Un día, mientras yo estaba en Monte Washington, Yogananda dijo en Encinitas a un grupo de monjes, “Fijaos cómo he cambiado a Walter”, así es como me llamaba. Cuando tuve noticia de este comentario comprendí de pronto que esto era lo que realmente había ocurrido.

Me había abierto para recibirle y él me había cambiado. Lo que yo quería por encima de todo era su conciencia y había intentado recibirla dentro de mí.

En mi servicio a mi Gurú, no he hecho nada, personalmente. Todo lo que he hecho es intentar ponerme en sintonía con él y después pedirle que fluya a través de mí.

Por ti mismo no puedes deshacerte de la hipnosis de ser una individualidad separada. Tienes que abrirte. Lo que haces es abrir en tu conciencia pequeños resquicios y permitir que Su gracia se vierta en ellos y los llene.

Recibes en relación a lo que das

Una técnica para sintonizarte con un gran Maestro es concentrarte en su imagen en el ojo espiritual, el centro Crístico. Visualiza sus ojos, intenta sobre todo sentir sus bendiciones en tu corazón.

Al meditar en los diferentes Maestros, te darás cuenta de que cada uno tiene una vibración distinta.

El discípulo más avanzado de Yogananda, Rajarsi Janakananda, enviaba con frecuencia sus bendiciones a la Hermana Gyanamata, la discípula de Yogananda más avanzada. En una ocasión, ella escribió a Yogananda, “Puedo distinguir claramente sus vibraciones de las de usted”. Aunque era la energía de Yogananda, estaba filtrada por Rajarsi.

También tú tienes que ser un activo filtro para Dios. Al pasar por este mundo, intenta sentir que puedes llevar la paz de Dios a los demás.

Si eres capaz de aprender a dar aunque sólo sea un poquito, comenzarás a sentir la felicidad de las personas que reciben. Es algo maravilloso. En esa conciencia expandida, podrás recibir de Él mucho más. Pero si no das mucho no recibirás mucho.

¿Qué nos frena?

Lo único que frena nuestra comprensión de que somos una unidad con Él, es un pequeño velo de ilusión que dice, “quiero esto” y “me gusta aquello”.

Uno de mis hermanos discípulos tenía inclinación a ser científico. Un día, algunos científicos le dijeron, “Usted podía haber sido un gran científico”.

Los ánimos que le dieron avivaron aquel deseo que existía en él y finalmente dejó el ashram y se hizo científico. Otra discípula tocaba muy bien el piano. El deseo de tocar el piano a la perfección también la alejó.

No dejes que esto suceda. Excepto Dios, todo lo demás terminará por defraudarte. No puede ser de otra forma porque, en última instancia, en esas cosas no existe dicha.

Es sencillo ser omnipresente

Cuanto más te liberes de tus deseos, más te darás cuenta de que es sencillo ser omnipresente. Al principio es una idea que asusta, pero si eres capaz de superar ese miedo, de pronto te darás cuenta de que es la cosa más natural del mundo.

En cada uno de nosotros reside el mismo poder divino. Sin embargo, lo bonito es que al encontrar a Dios, no perdemos jamás este sentido de “Yo”. Al final se expande hasta el infinito.

Nunca pierdes el ego, pero alcanzas un punto en que ya no estás limitado por él. Yogananda describe este estado en su poema *Samadhi*: “Yo, el mar

cósmico, observo el pequeño ego que flota en mí”.

Vive con el pensamiento de que Dios ya es tuyo, en este momento. No esperes a que venga mañana.

Te darás cuenta de que Él llega por la puerta de atrás. De pronto tu conciencia se llenará de Su luz y sabrás que tú eres esa luz.

Este artículo está basado en una charla dada en la celebración del mahasamadhi en La India, el 6 de Marzo de 2005.

Clarity, Summer 2005, 4-6.